

TEPIC Y NERVO

FRANCISCO SAMANIEGA¹

*Nací en Tepic, pequeña ciudad de la
costa del Pacífico [...],
quieta ciudad. Lena de dulce mono-
tonía,
de íntima y sedante mansedumbre
[...]*

Amado Nervo, *apud*
Méndez Plancarte, 2004
[1938]: 130 y 132.

Hecho ocurrido el 24 de mayo de 1919 en Montevideo, Uruguay; en el marco de las conmemoraciones por el primer centenario del fallecimiento del escritor y diplomático tepiqueño Amado Nervo, hoy, todavía algo más que en los años precedentes, sirve la ocasión para volver a realizar revisiones respecto a los aportes del ilustre personaje para el cual, incluso, desde hace años se ha intentado el oficializar una ampliación del nombre de su natal ciudad de Tepic, hoy ciudad capital de Nayarit, con el nuevo título de “Tepic de Nervo”.

Se agrega pues que, inundada esta ciudad de Tepic y su estado de Nayarit —al igual que otros puntos del país, si bien cabiendo entender que justo aquí mucho más— de calles, asentamientos humanos, escuelas, bibliotecas, centros culturales, mercados, auditorios,

1 Escuela Nacional de Antropología e Historia.

cines, festivales, ferias de libro, etc. y etc.; en realidad tal fervor se acompaña no sólo del prestigio logrado en vida por el ilustre Nervo pero, sobre todo, de la valoración (pero de la infravaloración también) que de su nombre y ciudad de origen se ha hecho y escrito desde el momento mismo de su muerte.

Así pues, si por un lado y desde aquel mismo 1919 (una visión que quizá ya se gestaba desde tiempos de Nervo), separada del estado de Jalisco desde finales de 1865 en pleno escenario de la Intervención Francesa, su natal Tepic y su entorno de dominación ya era el producto de un desarrollo capitalista en plena recesión al que, además, se aunaba una implacable campaña ideológica que, básicamente encabezada por los políticos, historiadores y periodistas de sus vecinos estados de Jalisco y Sinaloa (y luego replicada por sus equivalentes locales), hacían demérito de las circunstancias sociales resultantes de la llamada “Guerra Lozadeña”, ya desde una visión cooptada por los intereses económicos, además de políticos y étnicos, tanto de las élites de los mencionados como de sus replicantes élite y colaboradores en el propio Tepic.

Por otro lado, también es conocido que, tras la muerte de Nervo, muy pronto su copioso y todavía popularísimo legado comenzó a ser muy cuestionado, e incluso combatido por su sucesora generación de literatos mexicanos que, conocida como “Los Contemporáneos”, tendría a Octavio Paz como a su más representativo e internacionalmente trascendente de los mismos. Así el descrédito, pero el desprecio e, incluso, el olvido académico, vino entonces para Amado Nervo apenas compensado por la intensa fidelidad de sus lectores —que alcanza el día de hoy— al lado de ciertas retractaciones y reconocimientos ya bastante tardíos. Sin embargo es claro que aún hasta el día de hoy, indisolubles, sigue juzgándose a ambos —a Tepic y a Nervo— desde la óptica de visiones contemporáneas que, parciales pero incluso erróneas que, bajo epítetos como los de “provinciana” o de “cursi”, han permeado no sólo una distorsión de su contexto y legado, sino su consecuente nivel de trascendencia (Argüelles, 2002: 13-30).

Así pues, en franca contraposición a las opiniones generalizadas que ya en su vida, o apenas muerto Nervo:

[...] No sólo Alfonso Reyes, Ramón López Velarde y Genaro Estrada, entre los mexicanos le concedieron calurosas y certeras páginas —que no nació más de la memoria del poeta que de la ponderación de su obra—, sino también algunos españoles de crecida autoridad lírica, así Juan Ramón Jiménez, Enrique Díez-Canedo y Miguel de Unamuno dijeron de Nervo conceptos cuya simpatía aún pueden esgrimirse con ventaja [...] (Martínez, 2004 [1943]: 173).

Ya más cercanos a nosotros, también escribiría Juan Domingo Argüelles que Nervo:

[...] Conoció los más exaltados elogios de los que verdaderamente contaban entonces (Rubén Darío y Alfonso Reyes, entre muchos) [...] Cuando Amado Nervo murió había recibido, en efecto, las celebraciones más altas [...] Además, Amado Nervo fue, sin duda, un poeta continental con muchísimos lectores, en una época en la que la crítica —actual expresión de la publicidad— aún no ejercía su afán titánico sobre el libre albedrío del autor [...] Hoy casi tiende a olvidarse que Amado Nervo fue uno de los grandes exponentes del modernismo, junto con José Martí (1853-1895), Salvador Díaz Mirón (1853-1928), Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895), José Asunción Silva (1865-1896) y Rubén Darío (1867-1916), entre los más grandes [...] Suele olvidarse que más de un momento de la obra de Nervo preludia y aun anticipa algo de lo mejor de Ramón López Velarde (1888-19219), quien lo admiró con declarado entusiasmo [...] Al fallecer Darío, Nervo es aclamado como el primer poeta del idioma. Ministro en Argentina y Uruguay, muere antes de cumplir cincuenta años. Sus honras fúnebres se convierten en apoteosis continental [...] (Argüelles, 2002: 19-21 y 25).

Pero incluso José Emilio Pacheco llegó a afirmar que:

[...] Nervo fue un poeta excepcionalmente afortunado. Murió en el instante en que alcanzaba la apoteosis del reconocimiento, cuando —muerto Darío— los críticos lo proclamaban “el más grande de los modernistas mexicanos”, “el mayor poeta de América” e incluso “el que cuenta con la obra lírica más considerable de la poesía castellana actual” [...] (Pacheco, 2004 [1970]: 249).

Pero también desde nuestra región, el llamado “occidente de México” y creo que únicamente al lado del novelista jalisciense Juan Rulfo, ya antes había

externado el tapatío Agustín Yáñez (ex primer secretario de Educación de Nayarit como, luego, gobernador de Jalisco) que su predecesor Nervo:

[...] Es el poeta mexicano más leído, más gustado, más amado en Patria y fuera de ella. Dígalo si no la ininterrumpida emoción que suscita su solo nombre y las ediciones incesantes, crecientes, de sus obras, absorbidas por lectores ávidos de su mensaje. Don Antonio Caso lo afirmaba: “Clásico es que no siendo contemporáneo, es actual”. México celebra en Amado Nervo no nada más a uno de los más logrados registros de su inspiración, sino también al que logró compenetrarnos de entraña a entraña en las patrias del solar común en las que habló de “unir a los pueblos de América por el espíritu y el idioma”, y proclamó la “unidad de nuestra alma y nuestro destino” [...] (Yáñez, 2004 [1969]: 243).

Esto es, tal y como, después, su coterráneo —y de alguna forma su sucesor nayarita— Alí Chumacero también afirmaría contundente que:

[...] Amado Nervo sobrevive particularmente en el entusiasmo de quienes confían en la efectividad de los sentimientos. No ha nacido poeta mexicano que disponga de tal caudal de lectores; acaso tampoco haya habido alguno que, en vida, recibiera el reconocimiento unánime de que disfrutaba aquel varón [...] (Chumacero, 1996: 111).

Por eso, ante el apabullante entusiasmo que todavía suele ostentar su poesía en Tepic, pero en todo el resto de un “occidente” de México” para el que constituye su poeta —todavía hoy— más reconocido, dentro y fuera del mismo; en éste el primer Centenario de su fallecimiento en Montevideo quepa, a modo de homenaje, el comenzar por recordar a Amado Nervo en el contexto de sus orígenes primeros, justo a fin de reconocer su —todavía más amplia y compleja— trascendencia en el mundo.

[...] *¡Su infancia del Nayarit!
Sé de ella muy poco. Todo soy
conjeturas y acaso adivinaciones [...]*

Alfonso Reyes, 2004 [1920]: 69.

Nacido el 24 de agosto de 1870 en una familia de pequeños comerciantes en la todavía económicamente pujante ciudad de Tepic; es decir que todavía bajo la dominación de Manuel Lozada sobre un ya para entonces Distrito Militar de Tepic, separado del hoy estado de Jalisco desde 1865 y bajo jurisdicción federal, tocaría al Nervo niño el ser contemporáneo tanto del fusilamiento del dicho *Tigre de Álica* como de la continuación de su lucha por parte de Juan Lerma *el Canelo*, justo hasta el año de 1879 en el que hubo de partir al lado de su familia para continuar sus estudios en Jacona y Zamora, Michoacán.

Ausente Nervo ya, y en derrumbe económico y político en picada, a la visión de pequeñez y aislamiento que, acaso él mismo también, achacaría a su natal Tepic, se sobreponía que desde 1531 ésta hubiese sido fundada por el conquistador Nuño de Guzmán con el grandilocuente nombre de “Villa del Espíritu Santo de la Mayor España” (pretensa capital de una ignota América del Norte) y mismo que, desde la fiesta de Santiago Apóstol del año 1532, hubiese de cambiar por el de “Ciudad de Santiago de Compostela” y una calidad de primera capital de un “Reino de la Nueva Galicia” que, en su máxima extensión, alcanzaría límites formales desde el río Lerma hasta el río Yaqui y desde la costa del Pacífico hasta la hoy Huasteca Potosina y misma que le alcanzó para que, encabezada desde 1535 por el soldado Cristóbal de Pedraza, albergase en su seno a la primera escuela pública de toda esta amplia región de nuestro hoy occidente y norte mexicanos.

Sin embargo, pronto vuelta Tepic al carácter de “República de Indios”, por el traslado de dicha capitalidad primero a la ciudad de Compostela como, finalmente, a la Guadalajara del valle de Atemajac, su vuelta a pueblo indígena con un cabildo nahua para nada minó la permanencia de hidalgos castellanos que para finales del siglo XVI y en la figura de Bernardo de Balbuena, darían vida ya a las primeras grandes obras poéticas de la América del Norte (“Victoria de Roncesvalles” y “Grandeza mexicana”) como, apenas precediendo al primer cronista nativo tepiqueño fray Antonio Arias y Saavedra —de 1753—, en Domingo Lázaro de Arregui vería la escritura, en Tepic, del soneto que —desde los conocimientos científicos que intenta aprender en su biblioteca particular: la primera de que se tenga

noticia en toda la Nueva Galicia—, ya preconiza al “Arquitecto de su propio destino” que nos legará Amado Nervo cuatro siglos después:

*No me quiero quejar de la fortuna,
de triste estrella o miserable hado,
de planeta ascendiente o retrogrado,
de luna llena o de menguante luna.
Ni de oblicuo horizonte o línea alguna
del autro opuesto al Aquilón alado,
pues el varón prudente y esforzado
ni su fuerza le abate ni a fortuna.
Que sin con luz, influjo y movimiento
el ciego nos dispone o nos inclina,
no por eso nos fuerza el albedrío.
Y así cuando malogro algún intento
el yerro que al obrar me desatina
jamás es de los astros, sino mío.
(Arregui, 1620, apud Calvo, 1983: 14).*

San Blas y los Nervo...

Así, al paso de tres siglos de dominación colonial en que la región tepicueña pasó de cierto inicial auge minero al pleno auge ganadero en tanto primera región ganadera de todo el continente americano (Serrera, 1991: 115 y 116) este mismo, encabezado por sus principales familias, desde 1715, alcanzaría para la investidura del compostelano conde Pedro Dávalos como primer noble de origen novogallego (García Vallejo, 2005), pero también para que sus coterráneos obispo Juan Gómez de Parada fuese el primero de este origen en egresar de la Real Universidad de México como luego, desde 1735, el primero —y único— de este origen en encabezar la propia catedral novogallega (Lancaster-Jones, 1974: 71), o para que el capitán Fernando de Rivera fuese el primer y único novohispano gobernador de las Californias para 1781 cuando, desde 1768, la apertura

de su Puerto de San Blas sirvió a la incorporación virreinal de todo el hoy noroeste americano, si bien su gradual conversión en puerto comercial hacia las Filipinas y Panamá, también atraería a éste a quien, procedente de Málaga, habría de ser patriarca de los Nervo en Tepic.

En tal contexto, si el auge sanblaseño sólo sirvió para la instalación de una Real Universidad de Guadalajara y una primera imprenta que más bien benefició a la capital novogallega, es justo destacar que algunos de los más notables personajes del naciente estado libre de Xalisco aun habrían de serlo de la propia comarca tepiqueña: Francisco Severo Maldonado, el editor de *El Despertador Americano*; Prisciliano Sánchez y José Ignacio Cañedo, primer y segundo gobernadores constitucionales de Xalisco; Francisco y Casiano Espinosa, más Fernando Díaz, rectores de la universidad tapatía; José Luis Verdía, notable intelectual...

Más aún, si el desembarco sanblaseño de la última de las *Naos de China* tras la toma insurgente de Acapulco, desde 1813 y hasta la consumación de la Independencia mexicana, sirvió Tepic de puerta pero, igual, de destino, de muchos inmigrantes de cuya residencia permanente resultarían o sólo los más tempranos desarrollos industriales de todo el occidente y septentrión mexicanos —Jauja, en 1832, y Bellavista ya 10 años después—; en un periodo de renovado auge representado por la también llegada a Tepic de una primera imprenta y centros escolares, alcanzaría para esta región hasta el Segundo Imperio en el que, desde el 3 de marzo de 1865 (como se ha señalado), habría de producirse la separación entre los actuales Nayarit y Jalisco, apenas a la par de que el tepiqueño Pedro Espinosa y Dávalos se convirtiese en el último obispo de Guadalajara pero, también, en su primer arzobispo.

Así pues, previo al nacimiento tepiqueño de Nervo en 1870, como de su educación michoacana nueve años después, a la ya ejemplificada tradición de tepiqueños académicamente formados e interactuantes con el exterior, desde 1842 se habrían sumado el ingeniero químico tepiqueño Vicente Ortigosa como el primer mexicano posgraduado en una universidad europea; pero, también, desde 1845 y en la Ciudad de México, el proto antropólogo santiagueño Miguel Retes como el primero en publicar un artículo científico investigado y escrito en estas tierras, bajo el auspicio

de la Sociedad Mexicana de Geografía e Historia e intitulado “Apuntes de un viaje: Santiago Ixcuintla (estado de Jalisco)”.

Más, si cuando ya el joven Nervo era un estudiante de ciencias, filosofía y leyes en Zamora, desde 1884 ocurrió la erección del ahora Territorio Federal de Tepic, ratificándose así su separación del estado de Jalisco (al que, aun así, le seguirá aportando a gobernadores como Francisco Tolentino y Gregorio Saavedra, o a notables como el ingeniero Gabriel Castaños, el constructor de las torres de la basílica de Zapopan y del acueducto de Los Colomos); para 1891 las urgencias económicas familiares hicieron a Nervo el retornar a Tepic, justo para laborar como dependiente de la Tienda Retes, otrora fundada por el inmigrante vasco Félix de Unamuno, ya padre del luego intelectual español Miguel de Unamuno (en una muy particular circunstancia que, muy pronto, abriría las puertas académicas y culturales de España para Nervo), y que igualmente nos permite exaltar la también residencia en Tepic de inmigrantes notables. Así, la pequeña “sociedad aristocrática” tepiqueña en que otra vez se desenvolvía Amado Nervo ya incluía tanto al abogado, poeta y autor teatral tapatío Antonio Zaragoza quien, desde su intelectual periódico *El Lucifer*, ya —por mejor ejemplo— desde 1880 había dado cuenta de “una nueva Pompeya arqueológica” en las inmediaciones de la villa de Ixtlán de Buenos Aires, bajo el título de “Una antigua ciudad enterrada” para la que, medio siglo después, llegaría a ser la primera zona arqueológica abierta por el INAH para todo el occidente de México.

Se afirma entonces que, además, el tiempo libre que a Nervo dejan las horas de dependiente en dicha tienda, lo ocupa éste en leer la prensa liberal de la capital mexicana, pero en escribir su segunda novela corta inicial, *Pascual Aguilera*, misma que —tras el éxito inicial de su novela *El Bachiller*— no sería publicada sino hasta 1905 en el volumen *Otras vidas*, pero que ya desde entonces da cuenta de la observación nerviana de las particularidades étnicas y culturales de la población tepiqueña y del occidente mexicanos, siendo particularmente famosa su detallada descripción de un fandango mariachero al son de “Las Amapolas”:

... *Amapolita morada de los llanos de Tepic, si no estás enamorada, enamórate de mí...*

Más por fin, ya a mediados de 1892 Nervo emigra a Mazatlán, en donde inicia su prolongada carrera como cronista para el semanario *El Correo de la Tarde*, al tiempo que publica adelantos de sus dos poemarios iniciales de 1898: *Perlas negras* y *Místicas*, los mismos que muy pronto le darían fama y su primera fortuna, al tiempo que el valor etnográfico de muchas de las numerosas y populares crónicas mazatlecas poco a poco se constituyen en un tesoro para la comprensión de la sociedad sud-sinaiense y regional de finales del siglo XIX.

Sin embargo, para julio de 1894 ahora Nervo emigró hacia la Ciudad de México tras un breve paso por Tepic, en el que seguramente, dado el pequeño tamaño de la ciudad y lo inusual de dichas visitas, debió coincidir Nervo con la presencia en la ciudad de los primeros etnólogos extranjeros en nuestras tierras: el francés Léon Diguët y el noruego Carl Lumholtz; prefigurando que ya en la capital del país fuese Nervo abrigado por notables intelectuales encabezados por Justo Sierra, secretario de Educación Pública, quien a su vez lo acercó al primer arqueólogo profesional mexicano Leopoldo Bartres y sus primeras excavaciones de la zona arqueológica de Teotihuacan; de forma que, evidentemente impactado Nervo (como todos los mexicanos de su época), en él sembraron su futura poesía patriótica —que muchos todavía recordamos de todos nuestros homenajes escolares—, gestada en los dos poemas titulados *La raza muerta*, por Nervo escritos ya desde 1896.

Por otro lado, justo al lado del hoy todavía poco conocido legado periodístico de Nervo en la Ciudad de México, o de su hoy extraviada obra teatral —la zarzuela *Consuelo*—, todavía es mejor conocido el éxito comercial capitalino logrado en tal contexto con novelas, como la ya mencionada *El bachiller*, y poemarios como los también referidos *Perlas Negras* y *Místicas*. De esta forma, entre 1898 y 1900 Nervo fundó y dirigió —con Jesús Valenzuela— la *Revista Moderna*, para entonces la sucesora de la *Revista Azul* pero, luego, la gran promotora del movimiento modernista de la poesía mexicana.

Menos conocido aún acaso es que, justo en 1899, fue también Nervo el “autor mexicano de ese momento fundacional de la literatura fantástica en Hispanoamérica [...] En la producción fantástica de Nervo hay que

destacar cuatro novelas cortas [...]: *El donador de almas*, *Mencía* (también titulada *Un sueño*), *Amnesia* y *El sexto sentido*. La primera de estas novelas se publicó en 1899 [...]” (Chaves, 2004 [2000]: 272), pero la última, de 1906, será considerada precursora de la famosísima *La rebelión en la granja*, del británico George Orwell —en 1945— (<http://culturacolectiva.com/amado-nervo-y-la-ciencia-ficcion-mexicana/#sthash.bpU5Plq3.dpuf>) como su predecesora, según Alfonso Reyes, a su vez igualmente lo habría sido *La guerra de los mundos*, del estadounidense Herbert George Wells, de 1898, escribiendo luego Alfonso Reyes respecto a la curiosidad científica de Nervo, que: “[...] Os aseguro que le gustaría escribir novelas de ciencia fantástica a la muerte de Wells: entre mis recuerdos, oigo todavía el rumor de cierto viaje a la luna leído en la Sociedad Astronómica de México [...]” (Reyes, 2004 [(1914): 29).

Entendido, pues, a un Nervo ya para entonces soñando en explorar otros mundos, desde 1900 logró este tepiqueño el ser enviado a París, justo como corresponsal del periódico *El Imparcial* a la Exposición Universal, y allí se relacionó con algunos de los grandes autores latinoamericanos como Leopoldo Lugones y Rubén Darío, pero también se afirma con algunos de los grandes autores europeos como Oscar Wilde.

Del mayor interés es que en contraste con la tendencia francófila del régimen porfiriano en que se desenvolvía México, como buena parte de la humanidad, será en tal evento en donde Nervo —quizá por vez primera y como suele suceder con muchos mexicanos cuando pisamos primumgeniamente el extranjero—, el escritor tepiqueño pudo ser plenamente consciente de su nacionalidad mexicana y de los valores culturales de su país de origen como él mismo nos revelaría, situándose entre los 20 mil asistentes al Campo Marte en la Exposición Universal de París 1900, al aparecer México al lado de grandes potencias americanas y europeas, en un discurso que habrá de pronunciar ante el presidente Porfirio Díaz, ya por el año 1908.

Pero además, con tal estancia en Europa, Nervo tiene la oportunidad de viajar por varios países, donde además del más convencional libro *Poemas* (1901), en concordancia con lo también elaborado por otros autores latinoamericanos como Rubén Darío o José Santos Chocano para sus

respectivas regiones de origen: Nicaragua y Perú, ya evidencia Nervo una parte de esta transformación cuando, a la par de versos tales como los de *El éxodo y las flores del camino*, también escribe ya el poemario *Lira heroica* (1902), que constituye su primera poesía de tinte nacionalista y que incluye el famoso poema “La raza de bronce”, mismo que en plena época en la que las rebeliones yaquis o mayas eran reprimidas de forma sangrienta por el régimen porfiriano —por mejor ejemplo, enviando a miles de yaquis como esclavos a Yucatán y Cuba, tras traerlos amarrados a su natal Tepic—, aún así, la obra de Nervo contribuye a revalorar las aportaciones de los amerindios pasados —como Netzahualcóyotl o Moctezuma Ilhuicamina—, pero también de los indígenas de la época, como el nahua guerrerense Ignacio Manuel Altamirano o como el zapoteco oaxaqueño Benito Juárez, logrando él por fin declamarla —por vez primera y profundamente emocionado— el 19 de julio de 1902, en la tribuna de la Cámara de Diputados de la capital de nuestro país.

Por ello, nada extraña que habiendo sido contemporáneo —como sabidamente cercano— de la visión educativa positivista del mencionado Justo Sierra como, ya después, un precursor sería de la de José Vasconcelos que, de la mano de Antonieta (la hija del arquitecto tepiqueño Antonio Rivas Mercado, el autor del “Ángel de la Independencia”); esa “raza de bronce” delineada desde 1902 por Amado Nervo, para 1926 acabaría por convertirse en “La raza cósmica” que sintetizará el proyecto de nación posrevolucionario, encabezado por el dicho intelectual oaxaqueño; pero, tal vez incluso, al “Por mi raza hablará el espíritu”, todavía lema de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Así pues, de nueva cuenta en Europa, si cuando desde 1904 volvió Nervo a tener trato con la pobreza y la soledad, después de que *El Imparcial* le canceló su corresponsalía y tuvo que atenerse a sus propias fuerzas literarias para poder vivir, también fue ése el año en que logró ingresar en la carrera diplomática, justo como secretario de la Embajada de México en Madrid, siendo en España el lugar donde trabó amistad con el director de la revista *Ateneo*, Mariano Miguel de Val, y donde escribió artículos tanto para ésta como para otros muchos periódicos y revistas españoles e hispanoamericanos, al tiempo que publicaba su nueva obra de tinte

religioso: *Los jardines interiores* (1905). Pero, además también es cuando podemos traer de nueva cuenta que ya desde su nueva residencia en la capital de España, el hecho de que el padre del para entonces rector de la Universidad de Salamanca, Miguel de Unamuno (el ya referido don Félix de Unamuno) hubiese residido y hecho fortuna en el Tepic natal de Amado Nervo, hizo que ambos tejieran una firme y sostenida cercanía amistosa y cultural que, al mismo tiempo que aportó para Unamuno célebres artículos para la lingüística castellana, como el extraordinario “Méjico y no México”, también habría aportado a Nervo sus primeros artículos respecto a la lengua española hablada en nuestra América, siendo a ese momento que corresponde una de sus obras más celebradas: *En voz baja* (1909).

Así también, resultado de su fructífero paso por España será pues su ensayo *Juana de Asbaje* que, publicado en 1910, será factor fundamental para el rescate de la obra de la mayor escritora novohispana e hispanoamericana; justo como deberá iniciar por reconocer el luego Premio Nobel Octavio Paz cuando escriba su famoso *Sor Juana o las trampas de la fe*, y en tanto figura que será precursora y guía de todos los movimientos feministas mexicanos para los que Nervo aportó esta revaloración de su trascendencia (García Vallejo, 2002: 46).

Por lo demás, siendo menos conocido el hecho de que, como diplomático, fue justamente Amado Nervo quien consiguió que —en un gesto de buena voluntad y de concordia— el Gobierno de España retornase al de México la casaca del líder insurgente don José María Morelos (Moniváis, 2002: 74 y 75); le tocaría a Nervo el asistir a al menos una parte de las Fiestas del Centenario que, encabezadas por el presidente Porfirio Díaz, entre otras notables funciones ocurrirá para la apertura oficial de la zona arqueológica de Teotihuacan, así como para la inauguración de la columna de la Independencia, “El Ángel” de la Ciudad de México, ya referida obra de su paisano tepiqueño Antonio Rivas Mercado.

Fue tal el contexto en que, a dicha vuelta a México, Nervo era ya un poeta consagrado que se dio el lujo de atender pequeños puestos docentes y burocráticos, e incluso se ganó una plaza de profesor de lengua castellana en la Escuela Nacional Preparatoria, más, tras este breve lapso

nuevamente retornó hacia Europa, ahora como diplomático del gobierno maderista en Madrid, ahora publicando su libro *Mis filosofías* (1912), al tiempo que la repentina muerte de su compañera, Ana Cecilia Dailliez, atormentó su alma.

Sumándose a su pena, fue también entonces que ocurrió el golpe de Estado al presidente Madero, de forma que Nervo, tras también representar al Gobierno huertista en el contexto de la publicación de su nuevo libro *Serenidad* (1914), esa guerra civil en que se convirtió la llamada Revolución Mexicana interrumpió también todo el servicio diplomático, y se impuso su cese. Esto hizo a Nervo el acercarse otra vez a la pobreza, al tiempo que sus nuevos aportes, una poesía cada vez más íntima y que lo acercaba a su momento cumbre.

Así, es en medio de varios años de penurias económicas y de una mayor interiorización intelectual de que resultan sus obras *Elevación* (1917) y *Plenitud* (1918) cuando, a la par —y seguramente influenciado por los aportes del arqueólogo mexicano Manuel Gamio— ante la Asociación de Pintores y Escultores, Nervo dictó en Madrid la conferencia titulada “Los vestigios monumentales de las antiguas civilizaciones de México” (Nervo, OC-XXVIII, 1972: 212), una pieza clave para la internacionalización de los avances de las ciencias antropológicas mexicanas; justo en ese año de 1918 en que Nervo es ya uno de los poetas más populares en Hispanoamérica pues, desde Madrid, colabora con diarios y revistas argentinos, mexicanos y de otras latitudes. Nervo opina y orienta desde poemas y prosa...

Atento a ese prestigio de un Nervo que retornase —otra vez— triunfalmente al México de la pos-Revolución Mexicana, fue Isidro Fabela quien aconsejó al presidente Venustiano Carranza que nombrase al escritor como su ministro plenipotenciario ante los gobiernos de la entonces más aventajada Argentina, pero también ante Uruguay y Paraguay; esto con el objetivo de promover el apoyo de aquellas naciones para que Estados Unidos por fin reconociera al Gobierno constitucionalista que aquél encabezaba.

Justamente así fue y, tras meses de retorno triunfal a la Ciudad de México, si bien con cierto sabor a despedida definitiva, todavía alcanzó Amado Nervo a marchar por las vías de Nueva York y Washington en

donde, tras dictar sendas conferencias —incluso en la prestigiada Universidad de Columbia— y aún con el temor de los bombardeos submarinos en pleno fin de la Primera Guerra Mundial, procedió a navegar hacia Inglaterra y Francia para, de ahí, seguir hacia Brasil con el río de La Plata por destino final.

Por fin Nervo, ya muy minado en su salud física, arribó a Buenos Aires a finales de febrero de 1919 y, tras una breve pero intensa labor periodística y frecuentes homenajes de escritores e intelectuales sudamericanos, en que todavía alcanzó a impartir conferencias como “La situación actual de la mujer” o “Los derechos de los niños”, el 24 de mayo falleció en el Parque Hotel de Montevideo por una crisis de uremia. Tenía solamente 48 años de edad...

Sorprendidas América y Europa por su muerte, y en medio de una impresionante muestra de duelo intercontinental encabezado por el pueblo uruguayo, Nervo fue embalsamado y sepultado por meses en el Panteón Nacional del Uruguay (al lado de sus héroes nacionales) hasta que, por fin, su cadáver fue exhumado y conducido a México por la corbeta *Uruguay* que, escoltada por barcos argentinos, cubanos y mexicanos, resultó objeto de sendos homenajes en Montevideo, Río de Janeiro, Pernambuco, La Guaira y La Habana, en una poderosa lección de latinoamericanismo que acaso hasta hoy en día se manifiesta en que aquel Parque Hotel en que murió el poeta nayarita —aquella mañana de Montevideo— hoy sea el edificio sede permanente del Mercado Común del Sur: el Mercosur.

Así también, en el contexto del actual golpeteo del Gobierno de México frente al encabezado por Donald Trump, ya en 1919 ocurrió un incidente naval en el que, durante el traslado de los restos de Nervo, cuando

[...] El *Uruguay* hizo rumbo a la República Dominicana, en ese momento bajo ocupación norteamericana. Al entrar en el puerto de Barahona, a fines de septiembre se produjo un episodio digno de recuerdo. El crucero *Uruguay* llevaba el pabellón dominicano al tope de su palo mayor. El comandante de la plaza, autoridad de ocupación, le ordenó enarbolar la insignia norteamericana. El capitán Rodríguez Luis contestó: “*La bandera dominicana no se arría*”, y haciendo

rumbo a poniente se dirigió hacia Montego Bay, en Jamaica. Luego la flotilla uruguaya argentina enfiló hacia La Habana [...] (Gross Espiell, 1990 [1987]: 46).

Pero así las cosas, y evidentemente informados del incidente naval en Washington, D. C., ya una vez Nervo frente a la fortaleza de San Juan de Ulúa y sobre los muelles veracruzanos, a todas luces en acto de desagravio: “[...] Al ser desembarcado el cadáver hasta el día 11, a causa del mal tiempo, también disparó sus cañones en su honor el ‘Niágara’, crucero norteamericano [...]” (López Ordaz, 1992-II: 11).

Luego de esto, se sucedió entonces una inusitada recepción multitudinaria en el puerto de Veracruz (apenas igualada hasta la brindada al Papa Juan Pablo II hasta finales del siglo xx), desde donde dio inicio una monumental marcha funeraria, también nunca antes vista, que dio pauta a demostraciones masivas de duelo por los valles de Puebla, Tlaxcala y el Estado de México, hasta que finalmente llegaron los restos de Nervo a la capital del país.

Ahí los funerales resultaron igualmente apoteósicos. Se calcula que hasta una tercera parte de todos los capitalinos acudieron al duelo pero, sobre todo, a la monumental marcha fúnebre que finalmente cubrió el Paseo de la Reforma. Así pues, tras cuatro días de homenajes, Amado Nervo fue finalmente sepultado en la Rotonda de los Hombres — hoy de las Personas— Ilustres de la Ciudad de México y me atrevo a afirmar que ello en mucho contribuyó para que, a partir de ese año, fuese otro escritor nayarita muy cercano al mismo: Luis Castillo Ledón (oriundo de Santiago Ixcuintla y futuro gobernador de Nayarit en 1930-1931), quien ocupase durante las siguientes dos décadas la dirección del Museo Nacional de México.

Justo al año siguiente fueron publicadas algunas de las obras más sentidas e íntimas de Nervo: las relacionadas con su fallecida compañera Ana Cecilia Dailliez. Conocimos así a *La amada inmóvil* en toda su *Gratia Plena...*

Pasados los años, el escritor regiomontano Alfonso Reyes (el más ilustre hijo del general Bernardo Reyes, alguna vez jefe Político del cantón de Tepic) fue el encargado de compendiar para la posteridad toda la obra de Nervo que estuviese a su alcance. Así logró, si bien hasta 1938, la publicación de las primeras *Obras completas* en la Biblioteca Nueva de Madrid. Pero otra segunda compilación, considerablemente ampliada en

1952, estuvo a cargo de Alfonso Méndez Plancarte y Francisco González Guerrero para la editorial Aguilar, si bien la investigación y hallazgo de nuevos y sorprendentes textos, aún hoy continúa.

Por otro lado, ya por 1935 y retomando una vieja poesía de Nervo: “El día que me quieras” —escrita por éste desde 1915 para el poemario *El arquero divino* (OC, XXVII: 26 y 27)—, justo al lado del compositor brasileño Alfredo LePera, el famoso actor, cantante y compositor Carlos Gardel —argentino, uruguayo, pero incluso francés—, a su vez realizó una muy exitosa paráfrasis de los versos de Nervo que, con el mismo título, enmarcaron una igualmente exitosa cinta comercial del mismo nombre. De esta forma

[...] “El día que me quieras” es, desde su aparición en el filme homónimo, una de las canciones más célebres en todo el mundo occidental. Y como reafirma Oscar del Priore en su libro *Cien tangos fundamentales*: “El día que me quieras”, cantada en la película homónima, es el paradigma de la expresión romántica del Gardel intérprete. Y la obra más vigente del binomio Gardel-Le Pera, en términos de difusión internacional [...] (Selles, s/f, en <http://www.todotango.com/historias/cronica/35/El-dia-que-me-quieras-El-dia-que-me-quieras-y-sus-grabaciones>).

Incluso hasta su más reciente éxito internacional, de 1994, en voz del cantante mexicano Luis Miguel.

Así las cosas, y a pesar de años del escarnio de “la vanguardia” poética y de cuantos —acaso por desconocimiento, acaso con cierta razón— intentaron sepultar el legado nerviano con epítetos como los de “anodino” o de “cursi”; lo cierto es que a cien años del fallecimiento de Nervo en Montevideo, ya en la voz de algún niño declamador de homenaje escolar, de otro repasador de su célebre “En paz” (desde la voz profunda de sus propias memorias personales), o bien desde la voz del cantante de moda o del académico heredero de sus iniciales o finales aciertos, acaso cabe el acudir nuevamente a la memoria de Agustín Yáñez, el genial tapatío de origen alteño —en Yahualica—, cuando éste afirmó:

Me es grato, íntima y tiernamente grato entregarme al recuerdo de un trecho de mi vida, en años de plena juventud, que presidió el aliento de Amado Nervo, allá cuando Tepic era una ciudad prácticamente inabordable para el viajero al que no demandase una agencia necesaria; cuando despachaba en su oficina de gobierno don Luis Castillo Ledón, varón de nobles preocupaciones y muchas sabidurías.

El paso del mandatario fue breve, pero acusó señales tan importantes como la erección del hoy floreciente Instituto del Estado.

Nos era obligado al grupo de amigos que colaboramos con él pasar, adrede y casi a diario, por la casa en que nació el poeta y en la cual creíamos sentir un eco de sus pasos de niño. En el seno de las familias tepicenses [sic] había siempre alguien, un señor de cierta edad que había sido su compañero de escuela, o unas matronas que conocieron a su madre y trataban de reconstruir la figura del pequeño.

Un día como hoy, en 1931, Tepic me confirió el honor de hacer el panegírico de Nervo en el cincuentenario que anualmente le dedica su ciudad natal.

Entonces afirmé la influencia de Tepic sobre toda la obra del poeta, que aun en sus expresiones cosmopolitas, al recoger visiones, al plasmar imágenes de lejanos países y urbes esplendentes, conserva ese recogimiento interior, esa vocación mística, esa vena de amorosa ternura con que para siempre, hasta la gloria, lo marcó su ciudad [...] (Yáñez, 2004 [1969]: 241 y 242).

A cien años, pues, Tepic y Nervo ya son indisolubles... ¿Acaso el más grande? Acaso, sólo quizás acaso, cuando después de él vendrían después otros nombres y voces —tepiqueños y nayaditas— quizás más grandes, quizás de su misma altura... Como el tepiqueño Luis Ernesto Miramontes Cárdenas: el descubridor de la píldora anticonceptiva, la más importante contribución científica mexicana a la historia de la humanidad (al lado del maíz), o el reconocido poeta acaponetense Alí Chumacero, además editor de las geniales obras del jalisciense Juan Rulfo: *Pedro Páramo* o *El llano en llamas*...

Pero lo cierto es que Nervo, siempre Nervo, incluso en nuestra vida cotidiana (“arquitecto de mi propio destino”) sobrevive tanto en nuestra habla popular como en nuestra memoria colectiva, pero también lo hace en la memoria y el habla de millones de hispanoamericanos: “Vida, nada me debes...”, parafraseaba el gran Carlos Monsiváis.

Acaso por ello es que, en Tepic, escribiera el tercero de los nayaritas mencionados que, a cien años del fallecimiento de Amado Nervo, inefable ya, “[...] Su poesía se halla hoy viva y seguirá viviendo, mientras perdure la lengua castellana” (Chumacero, 2002: 11).

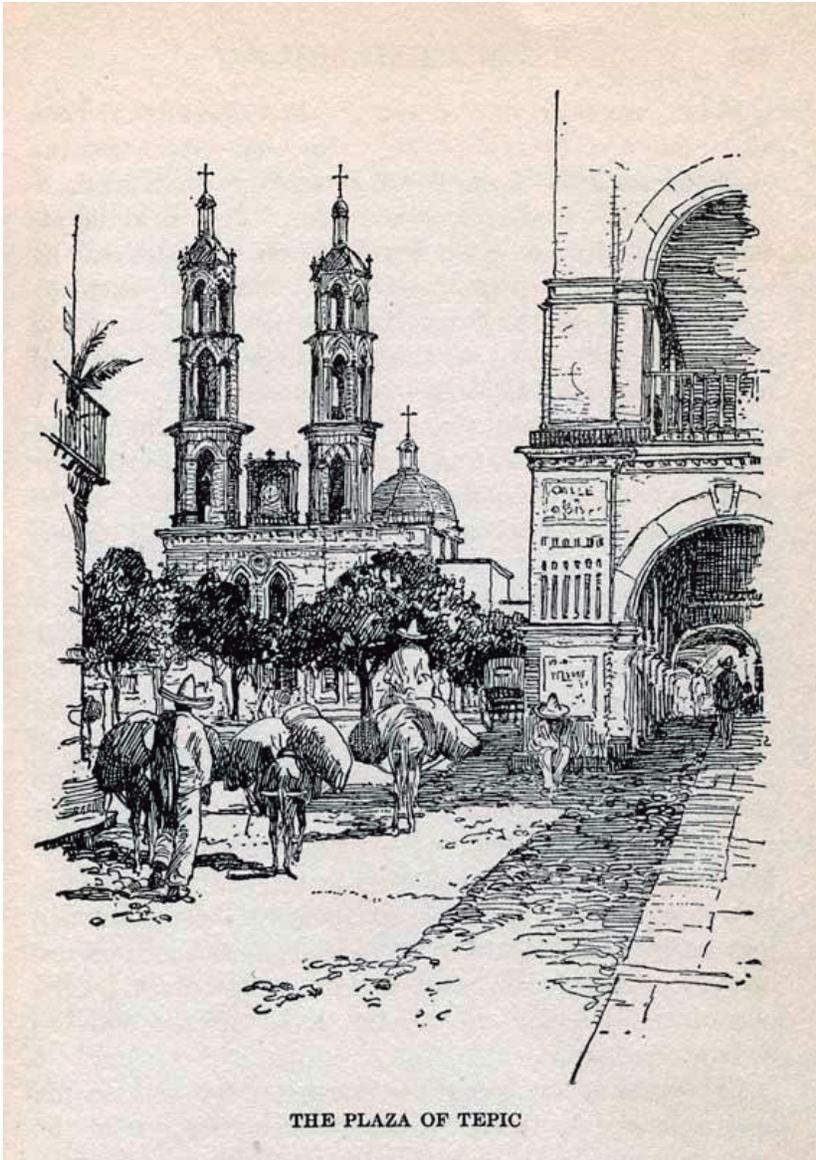
*Antes que el viento fuera mar volcado,
que la noche se unciera su vestido de luto
y que estrellas y luna fincaran sobre el cielo
la albura de sus cuerpos.
Antes que luz, que sombra y que montaña
miraran levantarse las almas y sus cúspides;
primero que algo fuera flotando bajo el aire;
tiempo antes que principio.
Cuando aún no nacía la esperanza
ni vagaban los ángeles en su firme blancura;
cuando el agua no estaba ni en la ciencia de Dios;
antes, antes, muy antes.
Cuando aún no había flores en las sendas
porque las sendas no eran ni las flores estaban;
cuando azul no era el cielo ni rojas las hormigas,
ya éramos tú y yo.
(Alí Chumacero, “Poema de amorosa raíz”, 1952).*

Referencias bibliográficas

- Argüelles, Juan Domingo. (2002). Amado Nervo ante el escarnio de la vanguardia. *Una obra en el tiempo. I Coloquio de Amado Nervo* (pp. 13-30). Tepic: Gobierno del Estado de Nayarit/CECAN.
- Chaves, José Ricardo. (2003). Nervo fantas(má)tico. *El castillo de lo inconsciente. Antología de literatura fantástica. Amado Nervo*. México: Conaculta, Col. Lecturas Mexicanas, pp. 9-29.

- Chumacero, Alí. (1996). Amado Nervo. *Los momentos críticos*. México: Fondo de Cultura Económica, Col. Letras Mexicanas, pp. III-II6.
- . (2002). Prólogo. *Una obra en el tiempo. I Coloquio de Amado Nervo* (pp. 7-12). Tepic: Gobierno del Estado de Nayarit/CECAN.
- García Vallejo, Alejandro. (2002). Sor Juana después de Nervo. *Amado multiforme. Doce miradas sobre Nervo: Memoria del Primer Coloquio Estatal sobre Amado Nervo* (pp. 45-48). Tepic: Comunidad de Artistas e Intelectuales de Nayarit/CAÍN/G-3 Impresiones.
- . (2005). Hacienda de Miravalles. *Agenda CAÍN 2006*. Tepic.
- Gros Espiell, Héctor. (1990 [1987]). Amado Nervo en Montevideo. *Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*, XLV(471), abril, pp. 42-47. México: UNAM.
- Lancaster Jones, Ricardo. (1974). *Haciendas de Jalisco y aledaños (1506-1821)*. México: Financiera Aceptaciones.
- López Ordaz, Juan Rogelio. (1969). *Amado Nervo. Noticia biográfica. Antología*. Tepic.
- Martínez, José Luis. (2004). Situación de Amado Nervo (1943). En: Miguel González Lomelí y Lourdes Pacheco Ladrón de Guevara (eds.), *Visiones críticas de Amado Nervo* (pp. 171-178). Tepic: Gobierno del Estado de Nayarit/CECAN.
- Méndez Plancarte, Alfonso. (2004). ¿Obras completas? (1938). En: Miguel González Lomelí y Lourdes Pacheco Ladrón de Guevara (eds.), *Visiones críticas de Amado Nervo* (pp. 125-170). Tepic: Gobierno del Estado de Nayarit/CECAN.
- Monsiváis, Carlos. (2002). *Yo te bendigo, vida. Crónica de vida y obra de Carlos Monsiváis*. México: Gobierno del Estado de Nayarit/CECAN.
- Nervo, Amado. (1972). *Obras completas, xxviii*. (Recopilación, prólogo y notas de Alfonso Méndez Plancarte). Madrid: Aguilar.
- Pacheco, José Emilio. (2004). Amado Nervo (1970). En: Miguel González Lomelí y Lourdes Pacheco Ladrón de Guevara

- (eds.), *Visiones críticas de Amado Nervo* (pp. 247-252). Tepic: Gobierno del Estado de Nayarit/CECAN.
- Reyes, Alfonso. (2004a). Prólogo (1914). En: Miguel González Lomelí y Lourdes Pacheco Ladrón de Guevara (eds.), *Visiones críticas de Amado Nervo* (pp. 25-34). Tepic: Gobierno del Estado de Nayarit/CECAN.
- . (2004b). El camino de Amado Nervo (1920) En: Miguel González Lomelí y Lourdes Pacheco Ladrón de Guevara (eds.), *Visiones críticas de Amado Nervo* (pp. 67-78). Tepic: Gobierno del Estado de Nayarit/CECAN.
- Serrera, Ramón María. (1991). *Guadalajara ganadera*. Guadalajara: H. Ayuntamiento de Guadalajara.
- Yáñez, Agustín. (2004). Amado Nervo (1969). En: Miguel González Lomelí y Lourdes Pacheco Ladrón de Guevara (eds.), *Visiones críticas de Amado Nervo* (pp. 241-252). Tepic: Gobierno del Estado de Nayarit/CECAN.



Fuente: Herbert Corey. (1923). Along the Old Spanish Road in Mexico: Life among the People of Nayarit and Jalisco, Two of the Richest States of the Southern Republic. *National Geographic*, 43(3), marzo, pp. 225-281. With illustrations from photographs by Clifton Adams.